

GEORG TRAKL. SU CREACION POETICA: UNICO ESPACIO DE ACERCAMIENTO A LA UNIDAD

Celia Clara Fischer

Intentaremos un nuevo acercamiento a la poesía de Georg TRAKL. Para ello es necesario sumergirse, dejarse llevar por las cadencias oníricas que crea el poeta, respirar ese aire caótico en el que se mezclan los olores de la vida con los de la muerte, quedar suspendido entre el atardecer y la noche como al borde de la nada e ignorar si existimos o somos un sueño soñado por alguien que desconocemos.

La lírica de Trakl no destaca solamente la época de decadencia vienesa que conocemos en los poemas donde aparecen melancólicos palacios, jardines y parques envueltos en brumas otoñales, las cuales se adensan cuando son atravesadas por espirituales figuras nacidas del alma agobiada del poeta salzburgoés. También asistimos a una decadencia que toca todos los ámbitos de la realidad. Es la decadencia del mundo occidental y del hombre de comienzos del siglo XX que ya no pueden soportar el peso de una vida sin esperanza y sin salvación. De esta decadencia aflora una simbólica que sobrepasa el horror y la muerte. En el centro de un mundo sin sentido y lleno de silencio, el poeta indefenso sufre el embate de la realidad infernal y opone su palabra, único reducto salvífico, contra esa fuerza dominante.

La creación trakleana es la vivencia de la desesperación y como tal se expresa el poeta por medio de frases tensas y cortadas, en las que se repiten hasta el delirio los mismos temas y las mismas imágenes, creando así un clima de agonía interminable. La gran imagen de este itinerario es el hombre, pero un hombre destrozado que intenta un último gesto para despojarse del mal, buscando el camino que lo retorne al paraíso perdido, única zona donde dejará de ser un desterrado, un sonámbulo en el mundo, un extranjero del Universo.

"Sebastián en el sueño" será la poesía en la que basaremos nuestro intento de desentrañar el mundo de Trakl desde la propuesta del título del presente trabajo.

SEBASTIAN EN EL SUEÑO

para Adolf Loos

1

La madre llevaba a la criatura bajo la blanca luna,
 a la sombra del nogal, del viejísimo saúco,
 embriagado con jugo de adormidera, con la queja del zorzal;
 y suavemente
 un rostro barbado se inclinaba compasivo sobre ella
 sin ruido en lo oscuro de la ventana; y los viejos muebles
 de los padres
 estaban en ruinas; amor y ensueño otoñal.
 Así de oscuro era el día del año, infancia triste
 cuando el muchacho bajaba sin ruido hasta las frescas aguas,
 hasta los peces plateados,
 la paz y el semblante;
 cuando al arrojarse pétreo ante los desbocados
 caballos negros
 en una noche gris su estrella llegó a él;
 o si tomado de la helada mano de la madre,
 cruzaba al anochecer el cementerio otoñal de San Pedro,
 un delicado cadáver yacía sereno en la oscuridad
 de la cámara
 y abría sus fríos párpados hacia él.
 Pero él era un pajarillo en una rama desnuda,
 tenía la campana en un anochecer de noviembre,
 la calma del padre cuando, en la penumbra, bajaba
 dormido la escalera de caracol.

2

Paz del alma. Velada solitaria de invierno.
 Las oscuras siluetas de los pastores cerca del viejo estanque;
 una criatura en la choza de paja: oh, qué suavemente
 se sumergía el rostro en la negra fiebre.
 Santificada noche.
 O si tomado de la mano ruda del padre
 ascendía silencioso el sombrío Monte Calvario
 y en los oscurecidos nichos de las rocas
 la silueta azul del Hombre pasaba a través de su leyenda,
 purpúrea manaba la sangre de la herida bajo el corazón.
 Oh, qué sigilosamente se levantaba la cruz en el alma oscura.
 Amor: cuando en los sombríos rincones se derretía la nieve,
 una brisa azul se colaba gozosa por el viejo saúco,

en la bóveda umbría del nogal;
y quedamente surgía ante el muchacho su ángel rosado;
Alegría; cuando en los frescos aposentos resonaba una melodía vespertina,
entre las pardas vigas de madera
una mariposa azul rasgaba su capullo de plata.
Oh, la cercanía de la muerte. En el muro de piedra se inclinaba una amarilla
cabeza, el niño en silencio, cuando en ese mes de marzo la luna declinaba.

3

Rosada campana de Pascua bajo la bóveda sepulcral
de la noche
y las voces de plata de las estrellas,
para que en escalofríos caiga de la frente del durmiente
un oscuro delirio.
Oh, sereno descenso por la orilla del río azul
con el pensamiento en cosas olvidadas, mientras en las verdes ramas
el reclamo del zorzal convocaba a un ser foráneo para el ocaso.
O cuando él tomado de la sarmentosa mano del anciano
bordeaba al anochecer los muros en ruinas de la ciudad,
y aquél en su negra capa llevaba una criatura rosada,
a la sombra del nogal se aparecía el espíritu maligno.
A tientas por la verde escalinata del verano. Oh, suave
descomposición del jardín en la parda calma del otoño,
aroma y pesadumbre del viejísimo saúco,
mientras en la sombra de Sebastián la voz plateada del ángel moría.

Georg Trakl (1887-1914)

La obra poética de Georg Trakl es el testimonio sobre el desmoronamiento del Universo, sobre la quiebra y la disgregación de lo unitivo que se dispersa en fragmentos. El mundo y el hombre, pensados como una realidad en cohesión desde un centro unitivo, han desaparecido y Trakl intenta descubrirlos en los fragmentos de lo que antes fue un "YO" universal. De ahí que en toda su poesía no hallemos un "tú" propiamente dicho con el cual el poeta pueda establecer su diálogo. Las formas más cercanas al "tú" son las que el poeta encuentra en las figuras recurrentes del extranjero, de la hermana, del adolescente, del venado, todas ellas proyecciones del autor.

Además, en Trakl es radical la idea de un pecado ancestral cometido por los primeros padres, pecado que involucró el destino de toda la humanidad, desencadenándose desde entonces el deterioro al que asiste el poeta y del cual también forma parte a través de la repetición que le acarrea un estado de culpa intolerable. Desde el momento en que el poeta constata la ruptura del hombre

con Dios y su desenlace, la expulsión del Paraíso, se vive a sí mismo empujado al dolor y la corrupción, a la vida como estado de despojo permanente.

El hombre sobrevive como "apartado" en un mundo para el cual su visión no estaba preparada y el poeta se convoca a dar noticias sobre lo que "hay" del Universo. Estos elementos hacen de la poesía de Trakl un campo confesional, pues ella misma se constituye en ritual de purificación para alcanzar la unidad perdida. Es decir que la zona axial donde el poeta expresa su conciencia de "ser separado" la encontramos en el espacio poético. Es allí, entonces, donde se manifiesta la actitud de pérdida, de alienación y desamparo que aqueja al hombre y que Trakl radicaliza en la situación de extravío. En "Sebastián en el sueño" ("Sebastián im Traum"), el poeta salzburghés rememora el momento del abandono y de la posterior soledad humana:

"La madre llevaba a la criatura bajo la blanca luna,
a la sombra del nogal, del viejísimo saúco,
embriagado con jugo de adormidera, con la queja del zorzal;"

Es la figura materna la que, al colocarlo en la vida, lo hace también en la muerte. Ella, como madre-muerte, comienzo-fin, sementera-tumba, le impone el mandato de contemplar el destino final de todos los hombres:

"o si tomado de la helada mano de la madre,
cruzaba al anochecer el cementerio otoñal de San Pedro,
un delicado cadáver yacía sereno en la oscuridad de la cámara
y abría sus fríos párpados hacia él".

El poeta, desde su distancia, contempla a Sebastián, proyección de su "yo" personal en la lírica, y al "delicado cadáver" que es su doble en la orilla de la muerte. La mirada del cadáver dirigida únicamente al niño crea un espacio de llamada, de entendimiento con el significado de "soy el tú de tu yo". Pero el poeta, conmocionado por el llamado de la muerte, aleja la imagen del niño de esa "otredad" y lo transfigura en un ser alado. Con esta metempsicosis, Trakl logra la condensación de la figura del ser desvalido, al unir la imagen de Sebastián con la del pájaro absolutamente solo en el árbol desnudo por un otoño que ya es puro invierno:

"Pero él era un pajarillo en una rama desnuda,
tañía la campana en un anochecer de noviembre".

La imagen de soledad se acentúa con el sonido de la campana en el anochecer, momento del día tan caro a Trakl, pues propicia el desdibujarse de las figuras.

En la segunda parte del poema, Trakl retrocede aún más en el tiempo y llega al instante que se puede interpretar como el del Nacimiento del Hijo de

Dios. También allí aparece la señal de la soledad oscureciendo el ámbito donde sólo tendría que reinar la luz. Dice el poeta:

"Paz del alma. Velada solitaria de invierno.
Las oscuras siluetas de los pastores cerca del viejo estanque;
una criatura en la choza de paja; oh, qué suavemente
se sumergía el rostro en la negra fiebre.
Santificada noche".

La noche santificada por el Nacimiento del Hijo de Dios, se presenta ante el lector como una imagen de soledad y sombra, en lugar de luminosa, pues, para Trakl, el nacimiento del hombre implica una entrada en los laberintos de la vida. La "paz del alma" y la "santificada noche" cierran el espacio de la soledad del hombre arrojado a la vida como a una enfermedad. Enseguida se unen la imagen del hombre y la de Jesús en el destino de muerte sin Resurrección, patentizándose la imagen del Padre, único Juez de quien partió el castigo supremo del martirio para los señalados por el pecado:

"O si tomado de la mano ruda del padre
ascendía silencioso el sombrío Monte Calvario
y en los oscurecidos nichos de las rocas
la silueta azul del Hombre pasaba a través de su leyenda,
purpúrea manaba la sangre de la herida bajo el corazón.
Oh, qué sigilosamente se levantaba la cruz en el alma oscura".

El poeta sólo reconoce el destino fatal del Hijo de Dios y, con El, el de todos los hombres en los cuales se asienta el martirio de la sangre derramada, simbolizado en la Cruz que los unifica. El manar de la sangre de Jesús, a su vez, simboliza el continuo desgranarse de un corazón -de la Unidad- que ya no es la figura de un "YO" universal trasladado a la tierra. Ya no concentra en sí todas las fuerzas sino que las va perdiendo indefinidamente. Jesús ya no es el símbolo de lo que fuera para otros hombres en otros tiempos; ahora es apenas una silueta que pasa atravesando su propia leyenda. El también es ausencia de la Unidad, por eso el poeta lo presenta como imagen suficiente.

El Amor y la Alegría no son más que manifestaciones quebrantadas dentro de la oscuridad que reina en el mundo. El amor no promueve un destino de Salvación pues se ha cambiado la valoración de este sentimiento que ahora se pierde sin dar frutos, como cuando en el poema "En la aldea" (Im Dorf) dice Trakl:

"Con oscuro sentido dice el idiota una palabra
de amor, que muere en el negro matorral".

El amor tan sólo le sugiere la evocación de la figura angélica, de su alter ego, el mismo que muchas veces irrumpen en la poesía como lo único dulce

pero que, sin embargo, también encierra algo terrible ya que le recuerda la distancia que los separa y que les impide alcanzar la unidad:

"Amor; cuando en los sombríos rincones se derretía la nieve,
una brisa azul se colaba gozosa por el viejo saúco, en la bóveda umbría del
nogal;
y quedamente surgía ante el muchacho su ángel rosado".

Así como sucede con el Amor, también con la Alegría. Esta no resuena, no ilumina los ámbitos. Sólo aparece como un destello furtivo cuando el día nace y apenas alcanza para que el espíritu del poeta -delicada y débil mariposa- rompa con la esclavitud que lo aprisiona:

"Alegría; cuando en los frescos aposentos resonaba
una melodía vespertina;
entre las pardas vigas de madera
una mariposa azul rasgaba su capullo de plata".

Pero, ese imprevisto impulso de romper con las cadenas que lo mantenían esclavizado a lo primigenio, a la pre-forma de lo definitivo, es detenido por otra fuerza mayor y contraria que sí será su cárcel: la muerte. Para Trakl, ella es un muro insalvable ante el cual el hombre se desgarra en silenciosa letanía:

"Oh, la cercanía de la muerte. En el muro de piedra
se inclinaba una amarilla cabeza, el niño en silencio,
cuando en ese mes de marzo la luna declinaba".

La tercera parte del poema nos introduce en la Pascua que, repito, no es de Resurrección, pues todo yace bajo el sepulcro de la noche. Es la noche de los tiempos que se ha vuelto noche eterna. Tal vez sea éste el único esbozo de eternidad que le ha sido dado como pertenencia al ser humano: el dolor.

"Rosada campana de Pascua bajo la bóveda sepulcral de la noche
y las voces de plata de las estrellas,
para que en escalofríos caiga de la frente del durmiente
un oscuro delirio".

Ya el mundo ha quedado presa de la oscuridad total y es en ella donde reina el espíritu del mal, compañía del hombre que, como un ciego, se desliza por los campos descompuestos y las ciudades ruinosas:

"... cuando él tomado de la sarmentosa mano del anciano
bordeaba al anochecer los muros en ruinas de la ciudad,
y aquél en su negra capa llevaba una criatura rosada,
a la sombra del nogal se aparecía el espíritu maligno".

Hasta ahora distintas son las manos que lo fueron llevando por el camino, "la helada mano de la madre", "la mano ruda del padre" y "la sarmentosa

"mano del anciano". Todas ellas marcadas por una lejanía que sólo impone la falta de amor. Pero todas son una misma mano: la mano del destino que conduce irremediablemente a la muerte. La "mano helada de la madre" lo introduce en el mundo que es el terreno de la muerte, la "mano ruda del padre" lo conduce por el camino del mundo que es la senda del sufrimiento y la "mano sarmentosa del anciano" lo lleva al borde de la ciudad de los hombres que es el mundo en ruinas.

La idea de destrucción que propone el poema es total. De la evocación de Sebastián sólo queda su sombra, una sombra sin voz porque su ángel ha muerto:

"A tientas por la verde escalinata del verano. Oh, suave
descomposición del jardín en la parda calma del otoño, aroma y pesadumbre
del viejo saúco,
mientras en la sombra de Sebastián la voz plateada del ángel moría".

Esta última estrofa recuerda la primera del poema pues el ámbito donde se produce el abandono materno es el mismo en el que el ángel muere: el jardín otoñal, espacio en el cual perduran el nogal y la sombra y el paso del hombre como el de una soledad.

El espacio lírico creado por este poema es una esfera en cuyo interior el hombre, los demás seres y el Hijo de Dios permanecen encerrados en una oscuridad producto de una antigua conmoción que alcanzó a todos. Las relaciones de orientación espacial representan el movimiento de lo que significaba la existencia para Trakl, quien la presenta como un nacer que es morir, un ascender que es descenso, una luminosidad que es sombra y un vivir que es enfermedad. Recordemos lo que dice su poema "Sumisión a la noche" (Nachtergebung):

"Se torna sepultura el espacio
y el mundano deambular se torna sueño".

Estos dos versos alcanzan para definir la existencia en el mundo de Trakl: fenecimiento y desorientación.

Todos los verbos del poema "Sebastián en el sueño" son índice de descenso, de caída. Las imágenes poseen como propio la oscuridad, lo sombrío. Es decir que el universo del poeta habla de una continua caída, de un deslizarse. El poeta -el penitente-, radicaliza la palabra poética constituyéndola en expresión confesional y, por lo tanto, esta palabra se torna única expresión no corrupta. Así como lo que define al mundo del hombre contemporáneo es una zona del existir sin respuestas, donde se ha instalado el silencio de Dios, el poema trakleano es el espacio en el cual se ha suprimido ese fondo de silencio absoluto y crea, por la alquimia de la palabra, el sustento esencial del poeta: un monólogo que, como fatalidad, tiene la señal de dirigirse a un "otro" que

no responde pero que está en algún sitio esperando también el retorno a la Unidad. En este monólogo, el poeta destaca aquello que le permite mantener el estado confesional: la conciencia, reservorio del pecado, y la culpa. Conciencia que se presentaliza a través de la figura de una cabeza o de la frente, donde muchas veces aparece el signo de la maldición que es el del martirio:

"Una cabeza petrificada
toma el cielo por asalto". ("La noche")

"En el muro de piedra
se inclinaba una amarilla cabeza". ("Sebastián en el sueño")

"cabeza que continuamente está alerta mientras las sombras
la envuelven". ("Revelación y aniquilamiento")

"En la sien de marfil del solitario
aparece un destello de ángeles caídos". ("La canción nocturna")

"... se prolonga la campana del Angelus; bellas son las
costumbres piadosas,
la negra cabeza del Redentor con el espino,
el frío cuarto que la muerte aplaca". ("En la aldea")

Dice Octavio Paz en su obra "El arco y la lira" que:

"La poesía no se propone consolar al hombre de la muerte sino hacerle vislumbrar que vida y muerte son inseparables: son la totalidad. Recuperar la vida concreta significa reunir la pareja vida-muerte, reconquistar lo uno en lo otro, el tú en el yo, y así descubrir la figura del mundo en la disposición de sus fragmentos."¹

En la poesía de Trakl se destaca una conciencia agudizada de esa fragmentación del Universo y la búsqueda que hace el poeta de un apoyo en esa intemperie en la que ha sido arrojado; al mismo tiempo, se traduce en las apariciones de la "otredad" manifestada no sólo como su doble y su extranjería, sino y sobre todo como el Abismo que lo atrae irremediablemente, Abismo terrible que nos recuerda al del sueño de Judith en la obra dramática homónima de Friedrich Hebbel. Así como en toda su lírica Trakl se duele de la separación de la Unidad, así también hace el camino para intentar la reunión. Esto último surge a través de las figuras que se constituyen en un "tú".

En un trabajo anterior, referido a los símbolos más importantes de la poesía de Trakl,² había comentado que el doble del poeta es su salvador. Justamente es esa aparición constante de un "otro" la que le permite acercarse a la recuperación de un "tú" en el cual su "yo" puede recalcar para detener la dispersión que amenaza con destruirlo definitivamente. Esos encuentros furti-

vos con la imagen de su fragmento dialógico son los que le permiten vislumbrar aquéllo que he dado en llamar "la otra orilla del ser" y que representa la zona de su unidad perdida. En esta búsqueda de la unidad, la emisión poética parte de un "yo" y fluye a un "tú" que es "la hermana", "el ángel rosado", "el adolescente", "el venado" y que son objetivados como figuraciones poéticas concretas.

Las distaneias que crea Trakl entre su "yo" y el "tú" perdido, tienen diferentes matices. Por ejemplo, cuando el "tú" es nombrado por la tercera persona y, a través de él, se permite relatar su propia historia, tal como lo hace en "Sueño y tinieblas":

"Al comenzar la noche el padre se volvió anciano; en oscuros aposentos se petrificaba el rostro de la madre, y sobre el hijo cargaba el peso de la maldición de una estirpe degenerada. A veces recordaba de su infancia, que colmaron la enfermedad, el terror y las tinieblas, los juegos secretos en el jardín con estrellas, o también cuando, en el patio en penumbra, alimentaba a las ratas."

En este poema en prosa se multiplican las referencias a un "él". Pero escasas veces se permite un acercamiento y nombra directamente al "tú". Esto sólo se produce cuando el "tú" permanece alejado por el soñar y entonces es menos peligroso para el poeta nombrarlo por la segunda persona singular, como lo hace en "Noche invernal":

"Ha estado nevando. Pasada la medianoche, ebrio de
vino purpúreo,
abandonas el oscuro ámbito de los hombres, la roja llama de su hogar.

¡Oh, las tinieblas!
Hielo negro. La tierra es dura, el aire tiene sabor
amargo. Tus estrellas configuran siniestros presagios.

Con marcha petrificada pisas fuerte sobre el terraplén
con ojos redondos, como soldado al asalto de un negro
reducto".

La distancia que separa al "tú" durmiente en la noche invernal, del poeta, le permite a éste acercarse tanto como para definir los rasgos de su rostro y su andar.

Generalmente cuando el poeta nombra a su "otredad" como a "él" o "alguien", ésto implica un distanciamiento significativo con respecto a su "yo", pero cuando lo nombra como a "la hermana", la lejanía que se produce es mayor, ya que no hay coincidencia genérica entre el hablante y esa figura de su duplicidad. En el párrafo del poema en prosa "Revelación y aniquilamiento" que cito enseguida, aparece el rostro de la hermana mimetizado con el

"muchacho" que, como una sombra, se separa del "yo" cuando éste muere con plena conciencia del morir:

"Atónito yacía debajo de los viejos sauces, y sobre mí
se encontraba el alto cielo azul, colmado de estrellas.
Y como al contemplarlo me iba muriendo, murieron el miedo
y el dolor en lo más profundo de mí, y ascendía fulgurante
en la oscuridad, la sombra azul del muchacho, dulce canto.
En alas lunares, por encima de verdes cumbres de cristalinos arrecifes,
ascendió el rostro de la hermana."

Estas variantes que utiliza el poeta para nombrar a su parte perdida agudizan el clima de extrañamiento donde las figuras se mueven limitadas desde sus realidades fragmentarias, incompletas. Así, estas figuras, a las cuales les resulta imposible reunirse, son el correlato imaginativo de la ruptura de la figura del mundo y se reproducen en un espacio poético que, a su vez, es la réplica del espacio Universal visto desde la óptica de un "yo" lírico escindido.

En un Universo que se presenta desmoronándose, el pasado es algo mutilado y el presente es un aquí en continua fragmentación. Este estado existencial de ruptura permanente imposibilita al poeta realizar el gesto humano de proyectarse. El futuro no se configura, no tiene imagen porque en él no está el hombre colocando el sentido. La estirpe maldita ha desaparecido consumida en su pecado y esa ausencia de futuro para la humanidad o, mejor, la no-futuridad que es el dolor en el presente, *el morir antes de el nacer*, motiva la exclamación de Trakl en su poema "Grodek", donde arde un espacio de guerra:

"¡Oh, dolor arrogante! ¡Altares de bronce!
La ardorosa llama del espíritu se alimenta hoy de un dolor más tremendo:
los nietos no nacidos."

Trakl no sólo reitera con insistencia las figuras de su estado de ser separado. Aparecen repetidos hasta la obsesión los sustantivos y la adjetivación con los cuales crea un paisaje también obsesivo. Las valencias entre estos sustantivos y los adjetivos son múltiples pues están amasados con lo que el hombre siente como interminable cuando acontece: la vivencia de la angustiante melancolía. Con esta obsesiva reiteración pareciera que el poeta trata de fijar aquéllo que se escapa, de retener lo que ya está perdido en ese espacio en el que reinan la incertidumbre y la ambigüedad. O, como señala Walter Killy en su trabajo *Über Trakls "Passion"*:

("... (la indicación de las cosas) se hace cada vez con otro adjetivo, tal como Trakl acostumbra calificar las cosas siempre de modo nuevo. La cosa parece permanecer, pero el modo de su existencia es transformado. El 'motivo' es reconocible pero su tono está entregado al cambio.")³

En el caso de "Sebastián en el sueño", por ejemplo, los árboles, motivos recurrentes de su lírica, permanecen a lo largo del poema asistiendo al nacimiento, el abandono y la caída del hombre, como elementos que sostienen un espacio siempre cambiante, así como cambiante es el estado de ánimo del poeta.

La búsqueda de la Unidad Primordial pareciera quedar trunca en la experiencia poética del yo lírico. El "estranjero", el que ha perdido su patria y, estigmatizado, deambula por el mundo, sin embargo llega a recalcar en una nueva orilla de la realidad que se le hace patria: el poema. Es en el espacio poético, ya que no en el mundo, donde Georg Trakl encuentra un acercamiento entre el "yo" y la "otredad", de allí que este lenguaje se erija en la conciencia que le permite acceder a la fuente purificativa. Conciencia, confesión y purificación son las diferentes estaciones de un camino que transcurre en el único espacio donde la Unidad aún no se ha perdido: la poesía.

NOTAS

1. PAZ, Octavio: **El arco y la lira**. F.C.E., México, 1973, página 270.
2. FISCHER, Celia Clara: "Símbolos fundamentales en la poesía de Georg Trakl", en **Signos Universitarios**, Año IV Nº 11, Universidad del Salvador, Bs. As., Junio 1983.
3. KILLY, Walter: "Über Trakls "Passion" en **Deutsche Lyrik von Weckherlin bis Benn**, Fischer Taschenbuch Verlag. Hamburg, 1972, página 293.

OBRAS DE GEORG TRAKL CONSULTADAS:

TRAKL, Georg: **Das dichterische Werk**. Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1982, (Edición histórico-crítica de Walther Killy y Hans Szklenar)

TRAKL, Georg: **Poemas**, Traducción, prólogo y notas de Aldo Pellegrini, Corregidor, Buenos Aires, 1972.